

LAUDATIO AL DR. ANDRÉS FÁBREGAS PUIG

Victoria Novelo Oppenheim*

Muy distinguidos y estimados y estimadas autoridades universitarias, colegas, familiares y amigos:¹ El motivo que nos reúne hoy aquí es sumamente feliz —y miren que encontrar en estos tiempos ese vital y amoroso sentimiento en nuestro adolorido país es casi un milagro—. Y que nuestro queridísimo colega y amigo reciba el doctorado *honoris causa* precisamente en la institución de la que fue primer rector, y además en la tierra que lo oyó llorar por primera vez cuando llegó al mundo, le añade más valor subjetivo a esta ocasión.

Cuando me informaron de que yo debía hacer la presentación en este recinto, en mi película mental reapareció con nitidez la imagen del primer encuentro que tuve con nuestro homenajado de hoy. Fue hace 48 años en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México, cuando recién ingresada como alumna conocí, por intermedio de nuestro mutuo amigo José Lameiras (q.e.p.d), a un muchachón alto y fornido, de buen ver, con un físico de rudo deportista, de risa fácil, copete largo que se acomodaba continuamente, con algo de timidez, que se le quitaba al hablar con esa recia y contundente voz que lo caracteriza. Era el presidente de la sociedad de alumnos. Muy pronto supe por qué lo habían elegido y conocí sus dotes de organizador, orador, analista y líder. Era 1967 y ya ensayábamos la solidaridad estudiantil de la ENAH con un movimiento de huelga de los compañeros de la Escuela de Antropología de la Universidad Veracruzana en Xalapa, como preparándonos para muy cercanos eventos estudiantiles que nos marcarían de por vida. Iniciaba Andrés, iniciábamos todos entonces, un camino que tenía la mente puesta en la justicia como meta de un proceso de transformación social que no sabíamos cómo iba a ser, pero que tenía que ser.

* CIESAS Sede Distrito Federal, México

¹ Texto leído en la ceremonia solemne del otorgamiento del *Doctorado Honoris Causa* a Andrés Fábregas Puig por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, celebrada el día 22 de mayo de 2015 en el auditorio del CESMECA-UNICACH, en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas.

Casi cincuenta años después de ese primer encuentro, hoy tenemos frente a nosotros a un Andrés Fábregas Puigigual de fortachón, simpático y sonriente, que es doctor en antropología y que tiene méritos y experiencia académica y de investigación reconocidos nacional e internacionalmente. Su prolífica trayectoria académica se ha traducido, además de en múltiples reconocimientos, en la publicación de resultados de investigación originales que han contribuido grandemente a la antropología de México y a la admiración, y hasta enamoramiento intelectual, de sus legiones de alumnos. Cuenta también con una enorme experiencia administrativa por su desempeño en cargos de dirección de instituciones, departamentos y centros de docencia e investigación que ha ayudado a crear y a consolidar.

En su amplísimo *curriculum* académico figura que ha sido docente en universidades del país y del extranjero: en la Universidad Iberoamericana, la UAM-Iztapalapa, la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, la Universidad de Costa Rica, la Universidad de Salamanca, en España, el Colegio de Jalisco, El Colegio de Michoacán, el Colegio de San Luis, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) en varias de sus sedes, la Escuela Nacional de Antropología del Norte de México, la Universidad Autónoma de Yucatán, la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, y hasta en un Centro Internacional de Estudios Místicos en el Ayuntamiento de Ávila, España, donde disertó sobre nahualismo, uno de sus primeros temas. Cuando no estaba de moda la consigna de la “eficiencia terminal”, Andrés graduaba a todos sus estudiantes; no ganaba puntos con eso, pero sí adeptos a la causa de saber hacer buena antropología. Y es que Andrés, además de ser un estupendo maestro, es un abanderado convencido del trabajo de campo, no sólo como método de aproximación al estudio de situaciones sociales, sino como la única posibilidad de encuentro con la realidad desconocida. Y a sus estudiantes los ha guiado en este camino mostrándoles cómo ver, cómo fijarse en lo que sucede delante o al lado de ellos, y aprender a percibir lo que está más allá de la vista, o sea, cómo transitar por el camino de la observación antropológica que escudriña y pregunta y relaciona.

Participó en la fundación del Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CIS-INAH), institución antecesora del CIESAS, donde fue responsable de seminarios de investigación y director de un proyecto regional en Los Altos de Jalisco. Formó parte del grupo fundador del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales del que fue su primer presidente del Consejo Directivo. Fue fundador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, del que fue su primer jefe. En el CIESAS diseñó y dirigió el proyecto de investigación sobre la frontera sur de México que contribuyó, entre

otros resultados, a la elaboración de las políticas públicas que se consignaron en los Planes Generales de Gobierno, tanto del estado de Chiapas como de la Presidencia de la República; derivado del proyecto se fundó el CIESAS del Sureste, con sede en Tuxtla Gutiérrez, del que fue su primer director, centro que fue posteriormente el germen de la creación del CIESAS Peninsular, con sede en Mérida. En el estado de Chiapas fue responsable de la reestructuración del Instituto Chiapaneco de Cultura donde se diseñaron las políticas públicas que luego irradiaron las acciones para la difusión de la cultura en el estado; recuerdo su emoción cuando evoca que la iniciativa de llevar por primera vez conciertos de jazz a pequeños poblados tuvo un éxito grande. En el mismo estado de Chiapas fundó y fue el primer rector de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas en cuyo contexto se estableció el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA), institución plenamente consolidada, con prestigio nacional e internacional. Diseñó y fundó la Universidad Intercultural de Chiapas ubicada en San Cristóbal de Las Casas y, luego de terminar su gestión, un tanto abruptamente, regresó al CIESAS.

Como líder, creador, fundador, gestor y director de organismos de docencia e investigación de educación superior, se ha preocupado por insertar a las instituciones en contextos internacionales, así como por mantener relaciones académicas con instituciones universitarias y asociaciones profesionales de antropología en Centroamérica, países de Europa, fundamentalmente España, y América Latina, donde se le reconoce ampliamente.

Entre las distinciones recientes que ha recibido, se puede mencionar el otorgamiento de la “Mención de Honor” en el 54º Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Viena, Austria; en febrero de 2014, recibió un homenaje del CESMECA de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, donde se puso su nombre al Centro de Información y Documentación; en marzo de 2014 recibió la medalla Francisco Tenamxtle que otorga la Universidad de Guadalajara a través de su Campus del Norte en Colotlán, Jalisco; en Tepatitlán recibió un reconocimiento del Ayuntamiento por sus estudios sobre Los Altos de Jalisco, y hace apenas un par de meses, en Mérida, el X Congreso Centroamericano de Antropología fue dedicado a Andrés Fábregas y a Gladys Casimir, cuando se cumplían veinte años de la fundación de la Red Centroamericana de Antropología, convocante de los congresos.

El ejercicio profesional del doctor Fábregas como investigador, docente y funcionario se ha caracterizado por su liderazgo intelectual y su preocupación por la formación de grupos de investigación, sobre todo para proponer soluciones a problemas estratégicos del país, para lo cual la antropología reflexiva que practica

ha sido central. Para quienes conocen su bibliografía, sabrán que es especialista en análisis antropológicos de la región que combina la etnohistoria con la antropología social; caben ahí sus libros titulados *Configuraciones regionales*, que contienen su reflexión de cuarenta años de investigación antropológica, “con el marco regional como referencia y con problemáticas que abarcan el estudio de formas de poder, formación de identidades (que incluye la religiosidad), el nacionalismo y el localismo [...]” (en entrevista con Teresa Ejea, ENAH, 2015). Y caben también sus estudios comparativos en la Sierra de Ávila (España) y Los Altos de Jalisco. Son muy importantes sus reflexiones teóricas sobre la antropología, a la que desmenuza a partir de sus orígenes y desarrollos, sus concepciones humanistas, la deuda de la antropología crítica con Karl Marx, la centralidad de las concepciones sobre el trabajo como fuerza motriz de la historia y del poder como conformador de estructuras y organizaciones políticas históricas, así como la relación entre cultura e historia. Sus análisis sobre las propuestas de explicación de la realidad de muchos autores que forman parte de la historia de la antropología, en general y en México, conforman textos de ineludible lectura para antropólogos maduros y en formación por su erudición y su profundo sentido didáctico. Son muy importantes sus acotaciones y anotaciones sobre el pensamiento de Lawrence Krader, que influyó en una antropología crítica y de quien Andrés tradujo su ensayo *Marx as Ethnologist*.

También es sobresaliente su libro *Los años estudiantiles*, una autobiografía con muy buena prosa provocadora, pues estimula la reflexión sobre lo preferible y deseable en la formación de los antropólogos mexicanos y dispara la inquietud por comparar su experiencia con las vivencias actuales de estudiantes, maestros y políticos de la estructura educativa. Es una etnografía de cómo se fue construyendo como antropólogo, su oficio de vida, tejiendo los contextos sociales, personales y del ambiente académico que le tocó vivir. El movimiento estudiantil de 1968 es central en su relato. No tanto porque él con otros dos compañeros formó parte del Consejo Nacional de Huelga por mandato de los alumnos de la ENAH, sino por lo que representó en el despertar de nuestras conciencias al sabernos parte de una juventud mundial que protestaba contra el imperialismo, por los derechos civiles y humanos, y contra el colonialismo, la represión, el autoritarismo y el racismo. En México el movimiento enfrentó en carne propia el terror de la represión paranoica gubernamental que cobró muchas vidas de quienes protestaban pacíficamente por sus derechos y libertades más elementales. La noche de Tlatelolco fue una manera brutal de reconocer, o mejor aún, de comprobar que, como recientemente dijo Noam Chomsky: “el interés de los estados por la seguridad resulta que no es la seguridad de la población, sino la seguridad de los sectores privilegiados de la

sociedad: los sectores que poseen el poder del estado” (palabras al recibir el premio “Lucha contra la estupidez”, enero de 2015, instituido por la revista *Philosophy Now*, publicadas en *La Jornada*, sábado 18 de abril de 2015, pp. 2 y 3). Palabras sencillas para definir un estado de cosas que encierra profundas complejidades basadas en contradicciones sociales que en México conocemos y experimentamos desde hace demasiado tiempo.

También es el primer antropólogo mexicano que realizó investigación y publicó un estudio dentro del campo de la antropología del deporte —su famoso *Lo sagrado del rebaño*— y ha dedicado una trilogía a la etnografía de los pueblos indígenas chiapanecos. Una vertiente que me encanta leer y que es quizá menos conocida es la de sus descripciones y análisis del trabajo artesanal chiapaneco, que aborda con seriedad científica envuelta en un fuerte sentimiento de admiración y orgullo.

Alguna debilidad había de tener este talentoso profesor y es la de su relación con las computadoras, que sabe usar pero no les tiene mucha confianza, por lo que sigue prefiriendo escribir a mano. Y ni hablar de hacer un *PowerPoint*.

Pero no todo han sido clases, libros y conferencias en la vida de nuestro homenajeado. En una etapa de su vida entregó mucha energía a los trabajos de solidaridad con las luchas de Centroamérica, especialmente las de Nicaragua y El Salvador, y también participó en las primeras pláticas de paz posteriores al levantamiento del EZLN en 1994. Como integrante y presidente del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, encabezó un equipo que pugnaba por la salida de nuestro país del Instituto Lingüístico de Verano por sus acciones extralingüísticas, y consolidó relaciones solidarias con personajes que luchaban por lo mismo; en este tema resultó sobresaliente la relación entablada en Ecuador con monseñor Proaño y un grupo de antropólogos y organizaciones indígenas del mismo país.

Andrés Fábregas Puig no es solamente un intelectual destacado, dedicado y fructífero; es también esposo, padre, hijo, nieto, amigo, viajero; admirador y alegre amigo del buen comer y beber, aficionado al cine y la música, además de empedernido lector y extraordinario conversador; en algún momento fue también extra de cine. Construir una vida así implica mucho trabajo que afortunadamente se acompañó de una educación y un entorno favorables; es decir, capaces de estimular la inteligencia, la creatividad y la curiosidad. También implicó tomar decisiones radicales, como cuando al concluir la preparatoria emigró de su natal Chiapas a la ciudad de México, primero a estudiar ingeniería en la UNAM, para allí iniciar su práctica del basquetbol, que abandonó junto con la ingeniería para inscribirse en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1965.

La ENAH era, además de un hervidero de ideas socialistas y contraculturales resultado de las discusiones sobre la Revolución cubana y los movimientos libertarios en las posesiones coloniales europeas, un concentrado envidiable de buenos profesores entre los que figuraban Ángel Palerm, Paul Kirchhoff, Carlos Navarrete, Johanna Faulhaber, Luis González y González, Guillermo Bonfil, Arturo Warman, José Luis Lorenzo, Carlos Martínez Marín, Jorge A. Vivó, Jaime Litvak, Roberto J. Weitlaner, Leonardo Manrique y Moisés Romero. Dos de estos profesores serían sus más cercanos mentores intelectuales, Palerm y Bonfil, si bien mantuvo relaciones de amistad y enseñanza con todos los demás. Otro tipo de aprendizaje y de interrelación con la antropología internacional partió de su relación con Phil Weigand mientras estudiaba en la Universidad del Estado de Nueva York, y de su estancia previa en la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana, en la que mucho aprendió de las discusiones informales en el café donde analizaban propuestas de muchos antropólogos.

Dice Andrés que con Palerm aprendió lo que hoy se llama “leer el paisaje” en caminatas interminables. Pero yo creo que ya desde su infancia le había sido mostrada esa posibilidad. Su abuelo materno lo llevó a viajar por Chiapas; de niño había recorrido el Grijalva en cayuco, conoció las cuevas de Teopisca y de San Cristóbal y se había subido a las avionetas que transportaban café en un Chiapas sin carreteras, desde las que su abuelo le enseñaba cómo ver el paisaje desde la ventanilla.

También desde el núcleo familiar había conocido el ámbito intelectual; su padre, Andrés Fábregas Roca, además de lector compulsivo era narrador de relatos de la guerra civil española, donde había participado como comunista catalán. Ya emigrado y vecino de Tuxtla Gutiérrez, Fábregas Roca abría las puertas de su casa a la brillante intelectualidad local, poetas, teatreros, escritores. También enseñó a sus hijos a cantar “La internacional” cada día primero del año. Pero sobre todo, y para Andrés en particular, el legado de su padre fue el espíritu crítico y el valor del espíritu de lucha. Las mujeres de la familia, madre y abuela mexicana y nanas zoques, también dejaron su impronta, el gusto por la vida, por la música, la marimba y las huertas con sus olores y sabores. Me parece que su interés profesional por los temas de la interculturalidad tienen también sus raíces en su propia familia, donde lo catalán, lo mexicano, lo chiapaneco y lo zoque se combinaban en la cotidianeidad de Andrés. No sé qué tan lícito sea, pero extrapolaré estas vivencias con un pensamiento de Andrés sobre la práctica antropológica:

En México hemos desarrollado una antropología preocupada por los problemas del país. El “otro” para el antropólogo mexicano es un

reflejo de la variedad en la que uno está contextualizado. El concepto del “otro” es un resultado de las antropologías colonialistas que vieron en los pueblos dominados a una cultura extraña. Pero nosotros nos estudiamos a nosotros mismos cuando estamos en un estadio de fútbol, en una comunidad campesina o en un poblado totonaco. En todos los casos terminamos haciendo referencia al país y su compleja problemática (en entrevista con Teresa Ejea, ENAH, marzo de 2015, para *Cuicuilco*).

Y en esta práctica, las investigaciones de Andrés, como las de sus viejos maestros y tutores, tienen como ingrediente básico del oficio el trabajo de campo, del que es un incansable practicante, aun en los difíciles tiempos presentes en que los presupuestos institucionales para la investigación se han visto muy mermados, por no hablar de los peligros actuales que acechan al trabajador de campo.

Considero que, si bien resumidos, el repaso de los talentos y merecimientos intelectuales y personales del doctor Andrés Fábregas Puig justifica ampliamente la propuesta del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica y la decisión del Consejo Universitario de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas de otorgarle el doctorado *honoris causa*. Los aquí reunidos, como parte de la comunidad académica y de su círculo de amigos y familiares, celebramos y felicitamos a las autoridades universitarias del Consejo y a su presidente, el señor rector, por la decisión de reconocer de esta manera la trascendente obra de Andrés Fábregas Puig, distinguido miembro de la antropología mexicana. Y desde luego lo felicitamos a él, el nuevo doctor *honoris causa*, de manera efusiva y entusiasta.

México, D.F., mayo de 2015.